

## Schlögel, Karl (2021). *El siglo soviético*. Barcelona: Galaxia-Gutenberg.

JUAN IGNACIO TORRES MONTESINOS, *Independent Researcher*  
juignatorres@gmail.com

Received: January 31, 2024.

Accepted: December 30, 2024.

DOI: <https://doi.org/10.30827/meslav.23.30050>

*El Siglo Soviético* es un libro del historiador alemán Karl Schlögel. En la *Introducción*, especifica que la obra “no es una nueva historia de la Unión Soviética, sino el intento de representar la historia de este país de un modo distinto” (p. 17). Para ello, despliega un inventario de objetos y lugares arraigados en la cotidianidad de la URSS. El objetivo es describir el espacio público mediante una cronología que Karl Schlögel denomina “el siglo soviético”. Dicho espacio es entendido como un paisaje orientado a la definición del imaginario social soviético.

En el intento de fijar temporalmente el siglo XX, el pensador británico Eric Hobsbawm postuló la idea de un “corto siglo”, desarrollado entre los años 1914 y 1989. De manera similar cabría apuntar que, en la acepción propuesta por Schlögel, el XX ha sido también un siglo soviético. La historiografía constata la influencia geopolítica de un Estado cuya extensión temporal abarca desde la Revolución de Octubre de 1917 hasta la autodisolución en diciembre de 1991. Karl Schlögel llama “a este universo de larga duración «civilización soviética»” (pág. 17). Los conceptos de siglo y civilización se ejemplifican en unos objetos que también albergan la sensación de tiempo. De ahí que el historiador alemán trate de “poner los objetos al descubierto, protegerlos y hacerlos hablar: este es el proceso arqueológico que se propone aquí. El mundo se observa y puede leerse a través de la historia de los objetos [que refleja] la infinita complejidad de una sociedad” (p. 18). Tales objetos han contribuido a modelar un imaginario soviético, por lo que una vía de indagación es asomarse al inventario que los atesora en el libro de Karl Schlögel.

A modo de paseante por la urbe soviética, el historiador alemán desplaza su mirada como un espectador detenido en los objetos del paisaje. Con anterioridad, ha escrito obras que, como *Terror y Utopía. Moscú en 1937*, han profundizado en la explicación del devenir soviético. En el caso de *El Siglo Soviético*, la motivación es consecuencia de una “experiencia primera, la experiencia del autor” (p. 20), histórica y personal, quien ha residido e investigado en la URSS en sucesivos periodos desde la primera visita en 1966. La publicación del libro en la versión original en alemán data de 2017, en una coincidencia no intencionada con el centenario de la Revolución de Octubre; la redacción surge a partir de la anexión de Crimea por parte de Rusia en 2014. Su propuesta de inventario trata de desentrañar el “biotopo social” (p. 287), la sociedad soviética homogeneizada por los objetos que habitaban el entorno. “El orden soviético, que quería dejar atrás el viejo mundo, desarrolló un nuevo lenguaje” (p. 175), que el historiador interpreta reconociendo los objetos.

El libro lleva por subtítulo *Arqueología de un Mundo Perdido*. En el Diccionario de Uso



© Univesidad de Granada. Este trabajo está licenciado bajo una licencia CC BY-SA 4.0.

del Español realizado por María Moliner, la arqueología es definida a partir del estudio de “los objetos antiguos hechos por el hombre por su interés histórico o histórico-artístico”. Aplicadas estas palabras al análisis de Schlögel, los objetos analizados se han convertido en antiguos porque un país ha desaparecido. La URSS es el mundo perdido que sustenta el siglo soviético y cuyos objetos representativos han cobrado un interés histórico.

Un inventario es un intento de reunir objetos en un determinado orden y puede ser también aquí una disposición de ánimo para comprender la historia. Para trasladarlo al libro, Karl Schlögel acude a la ciudad entendida como un “organismo social sobre rutinas que funcionan” (p. 61), un espacio público donde convergen los usos del individuo. Tales hábitos propician la cotidianeidad que da origen y sentido al imaginario soviético. Una de las ciudades relatadas por el historiador es Magnitogorsk. En su deambular “para entender los procesos transformadores de la Rusia pos-revolucionaria [aventura que] el punto donde comienza el viaje es Magnitogorsk, un nombre como hecho de mineral” (p. 113). La ciudad comenzó en 1929 como una gigantesca acería. Su simbolismo excede sus dimensiones o la producción minera puesto que el acero sería la metáfora idealizadora del nuevo ser soviético y de las siguientes generaciones, tal como poetizara Vladimir Maiakovski. Fue también una ciudad cerrada a los extranjeros. Esta descripción se recoge en un capítulo titulado *Avenida de los Entusiastas*. El posterior capítulo *Paisajes, Espacios Públicos* ahonda en esta visión de los espacios abiertos al incluir el paseo por el Parque Gorki, “un jardín para el nuevo ser humano”. Schlögel establece que “los parques siempre han sido algo más que un simple pedazo de naturaleza. Son esbozos de una vida feliz, y cada época tiene su paisaje soñado e ideal, también la soviética” (p. 409). Son palabras introductorias a un recorrido histórico por el enclave que lo sitúan en la rutina soviética que empezaba a formarse: “el parque de cultura y ocio [categoría a la que pertenecía el Parque Gorki] era una institución en la vida soviética, igual que el desfile en la Plaza Roja, la *kommunalka*, las colas, el club y la representación de *El lago de los cisnes* en el teatro Bolshói” (p. 409). El análisis del historiador alemán traza la evolución del sistema soviético. Así, en relación al Parque y centrado en “el Moscú de 1937, la ciudad del Gran Terror”, determina que “el parque Gorki se ubicaba en este paisaje de terror y normalidad. Es el cuento de hadas totalitario y, al mismo tiempo, un lugar de pequeñas felicidades” (p. 417). La perspectiva con que Schlögel dibuja la arqueología soviética contiene, a su vez, la distancia de quien conoce la conclusión de la URSS: “En la década de 1990, poco quedaba ya del antiguo parque Gorki. Permanecían el plano general, el planetario, la noria, y unos baños públicos en forma de gruta con columnas dóricas. [...] El parque, que en la era presoviética era un terreno baldío, servía ahora como museo de reliquias de la época soviética” (p. 420-421). Entre ambos períodos, durante más de siete décadas, el espacio había contemplado el desarrollo de la civilización soviética.

En el capítulo con que concluye el libro, Schlögel señala que “todo desemboca en una exposición o un museo de la civilización soviética” (p. 817). Al hablar de este museo, menciona un itinerario o museo imaginario concretado en la “Lubianka, la sede de los servicios secretos convertida en un foro de la sociedad abierta” (p. 817). Con ello, no sólo se refiere al objetivo de la obra sino a la evolución de los edificios y a la reordenación que le confieren los distintos períodos históricos. En paralelo, el espacio público era un mural que mostraba sucesivamente los diferentes períodos de la URSS. En las paredes de las ciudades se veían lemas y consignas que “ordenados cronológicamente, dan como resultado una especie de crónica de la vida

pública que presentaba el Partido. [...] De ellos se infiere si nos encontramos en tiempos de la NEP o del primer plan quinquenal” (p. 175).

Esta idea de orden abundante o exposición de los enseres aparece en el primer capítulo dedicado a los mercadillos y su visita al bazar del Parque Izmáilovo. “El bazar o la *barajolka*, como se conoce a los mercadillos en Rusia ya desde antes de la Revolución, donde se venden objetos usados, o de segunda mano” (p. 25). El autor asemeja su paseo al de la escritora bielorrusa Svetlana Alexievich, Premio Nobel de Literatura en 2015, por el bazar del Arbat de Moscú en la obra *El Fin del Homo Sovieticus*. El inicio del libro (en un bazar) y el final (en un museo) describe lugares cuyo significado viene dado por la exposición de los objetos. Sea para ser vistos y acaso comprados o sólo expuestos. Son los márgenes de la obra, entre los cuales se explican los objetos. De hecho, la ciudad es catalogada de “gran bazar” (p. 557) que lleva al autor a considerar el espacio público como un “mercadillo salvaje” (p. 558) tras la disolución de la Unión Soviética. La adquisición de objetos es tratada también al explicar las tiendas *beriozka*, en las que era preceptivo el pago con divisas fuertes, o las colas ante las tiendas.

Karl Schlögel señala que “los espacios interiores dicen tanto sobre su época como los espacios públicos” (p. 336), lo que permite su inclusión a la hora de definir el imaginario colectivo. El ámbito doméstico de la casa proporciona una serie de objetos que enriquecen el inventario de *El Siglo Soviético*. Schlögel analiza *El Libro de la Cocina Sabrosa y Saludable* o, como se relata en el epígrafe *Galería de lo Privado*, las figuritas sobre los estantes o el piano. Precisamente, entre los espacios interiores, se cita “la cocina moscovita o el renacimiento de la sociedad civil” (p. 386). El historiador alemán entiende que “las cocinas eran la esfera pública en una sociedad que carecía de ella” (p.394) y favorecían los encuentros informales o disidentes. Con su argumento, Schlögel sitúa al concepto de esfera o espacio público como *topos* de deliberación y participación ciudadana. Dicho ámbito, inexistente en la sociedad soviética, difiere del paisaje analizado en el libro que trata de modelar un imaginario social.

En torno a la vivienda, se anota el desarrollo de las *kommunalkas* u hogares comunitarios que evolucionan hacia colonias prefabricadas de viviendas similares conforme avanza una nueva modernidad que se consolidaría a partir de Jruszczov. Por consiguiente, el dominio de lo privado es también parte de lo público y del diseño del imaginario soviético. Los planes de construcción bosquejan el perfil homogeneizado de los barrios en las diferentes ciudades tal como se iniciara en Cheryomushki, al suroeste de Moscú, y fuera musicalizado por Dmitri Shostakovich en la opereta homónima. En este ámbito doméstico se produce también la coexistencia o fricción entre lo que nítidamente pudiera percibirse como público o privado. Una zona que explica dichos ámbitos solapados son las escaleras, “zonas de contacto inevitable” (p. 373) caracterizadas por ser zonas semipúblicas, en las que cabe hablar de “periferia, anonimato, abandono o anomia”. En consecuencia, tales “lugares de uso compartido generan desinterés e indiferencia” (p. 380) y son descuidadas, al contrario de lo que puede ocurrir en las zonas privativas de la vivienda o en los enclaves compartidos del espacio público. Por ello, los habitantes de las viviendas comunitarias procedían a “la creación de un «propio espacio interior»” (p. 347), donde la configuración de este ámbito particular contribuía a la diferenciación del individuo sin menoscabo del imaginario común.

En el tratamiento de los diversos espacios habitables, Karl Schlögel rememora la fijación de estos enclaves en la literatura. Los diferentes textos afianzan la perdurabilidad de los

objetos. En este sentido, se refiere a Fiodor Dostoievski, Anton Chéjov o Boris Pasternak al analizar la evolución de la dacha como institución que adopta un nuevo valor durante la época soviética. En la referencia a los *Relatos de Kolima*, de Varlam Shalamov, la descripción personaliza el frío extremo para los prisioneros y trabajadores forzosos en los campos de extracción mineral de oro.

El inventario de Karl Schlögel incluye el concepto de frontera, que “desempeña un papel importante en el imaginario del Estado y la cultura rusos” (p. 499). Se trata de un rasgo que cohesionó el espacio público aun cuando se encontrara alejada de la percepción de la cotidianeidad que tenían los habitantes de la URSS. Posibilitaba especificar lo que era soviético del territorio extramuros la Unión Soviética. “Hasta 1991, la puerta de entrada más importante para los viajeros en tren que llegaban desde Occidente, era Brest, la antigua Brest-Litovsk” (p. 494). La relevancia del tren es subrayada por el historiador al escribir que “si hubo un Imperio ruso porque hubo ferrocarril; si hubo Unión Soviética fue también gracias a la red de ferrocarriles” (p. 783). Incide el funcionamiento de estos objetos en la cotidianeidad por cuanto “el ferrocarril en Rusia no es tanto una cuestión de Estado como –casi podría decirse– una forma de tránsito, una cuestión de entorno vital” (p. 789).

Dicho elemento inapreciable en el interior de la civilización soviética se torna tangible. “En 1991, los ciudadanos de la Unión Soviética vivieron una experiencia que los conmocionó: de la noche a la mañana surgieron fronteras donde hasta ese momento sólo había un espacio aparentemente infinito” (p. 502). En consecuencia, la percepción y dimensión del espacio público soviético resulta alterada. A continuación, surge el denominado espacio post-soviético y la eclosión de quince repúblicas independientes.

Por consiguiente, la obra describe un paseo a lo largo de un inventario de objetos y recuerdos que contribuyen a delimitar el espacio público como esfera de consolidación del imaginario soviético. El territorio ideal se proyecta sobre el territorio material. Los objetos constituyen la materialidad que poblaba los distintos enclaves cotidianos con los que se topaban los habitantes de la URSS. Eran la representación material de la creación, desde el Estado, de un modelo social concreto, la sociedad soviética. Con su historiografía, Karl Schlögel contribuye a paliar la “banalidad del día a día” soviético (p. 44). Si, como establece el historiador, “el lugar determina lo que sucede en él” (p. 507), también es condicionado por los objetos que allí se encuentran.

Historiar el universo soviético puede conllevar una cierta dosis de nostalgia derivada de lo que Karl Schlögel apunta como “la cultura del recuerdo post-soviético” (p. 46). Alude a una consolidación del recuerdo en el imaginario originado tras la disolución de la URSS que implica una constante comparación del tiempo post-soviético con el período anterior. Acaso no sea nostalgia por una circunstancia histórica experimentada bajo el rótulo de la URSS sino el testimonio de haber presenciado ambas épocas y estar sometido a la inercia de la comparación. Karl Schlögel expone la perspectiva analítica de quien ha contemplado los objetos que en el libro inventaría y, en el momento post-soviético, ha de considerarlos un recuerdo. Subyace asimismo la evanescencia de que el tiempo soviético se concentró no en un reloj de arena sino en los objetos descritos en el libro. Ni siquiera este siglo de civilización, ya arqueología, huyó del tiempo.